

EN PALAFOX

Ciclo de conferencias organizado por la Agrupación Ciudadana y Agraria

El público se congregó en el espacioso salón de las Escuelas de Palafox, ansioso de escuchar la palabra fluida, cálida y convincente del elocuente paladín de la causa católica D. Carlos Martín Álvarez. La fama de honradez, caballerosidad y sabiduría con que llegó precedido el orador hasta nosotros, no fué desmentida por la realidad, como lo testifica el fervor entusiástico con que el auditorio escuchó, por todos conceptos, magistral conferencia del Sr. Martín Álvarez dada, en el citado local, el día 8 del corriente mes.

La presentación corrió a cargo del batallador propagandista católico e ilustrado abogado D. Conceso Cossío Langa.

Discurso de presentación

Nuevamente tengo el gusto de dirigiros la palabra en nombre de la Agrupación Ciudadana y Agraria de esta provincia, con el fin de haceros la presentación del eminente hombre público a cuyo cargo se halla la conferencia de hoy.

Antes me hablé de permitir que os manifestase mi alegría por este despertar cuencense, pues sin disputa lo que más significación tiene de cuanto en nuestro campo ha ocurrido en los últimos tiempos, es el enorme progreso que se ha hecho en nuestras costumbres ciudadanas, poniéndose de manifiesto los generosos sentimientos de los católicos cuencenses, que ha de conducir a resolver los problemas con el propio sacrificio diario; ésta es ya una gran conquista que ha de garantizar el éxito, que antes de mucho tiempo yo lo veo rotundo y definitivo: para toda la derecha española. Porque si sobre nuestra propia actuación, sobre nuestro éxito, queremos consolidar una sociedad civilizada, necesitamos a todo trance ciudadanos, hombres constructivos, laboriosos, que cumplan todos los días su deber: el gran triunfo de la derecha española está en dedicarse en estos momentos, concluzadamente, a educar ciudadanos.

Se ha de levantar la lucha política al mismo nivel que el del apostolado religioso, porque en el orden político, como en el orden religioso, solamente triunfa aquél que atrae al enemigo a la propia causa y le hace resucitar a una vida mejor y más gloriosa: es necesario, por consiguiente, formar hombres que tengan virtudes intelectuales y morales capaces de llevar a los contrarios el convencimiento, el amor, para considerarlos algún día como los primeros auxiliares de nuestra propia obra.

Por eso se ha dicho con razón, que no existe en la Historia de España un reinado comparable con el de los Reyes Católicos: son los grandes constructores, y su grandeza estriba en que una vez que estuvieron en el Poder, no conocieron en la palabra enemigos, no tuvieron en los labios la palabra adversario; era enemigo únicamente el que declaraban los Tribunales de Justicia. Y nunca han parecido tan grandes los Reyes Católicos, como cuando entran por las puertas de Granada rodeados de aquellos insignes generales, de aquellos capitanes diestros, de aquellos ciudadanos que eran exactamente los mismos que habían pelado contra su Trono. Con ese matrimonio se unieron las dos Coronas y se reunió bajo el dosel del «Tanto monta» la más famosa pareja de gobernantes que vieron nunca ni es fácil que vean jamás los espales: se precisó que los fines políticos por ellos trazados y perseguidos coincidiesen, en estrecha y educadora armonía, con los ideales e intereses de la Patria, que hoy se interesan desdichadamente disgregar por el llamado Pacto de San Sebastián, (grandes aplausos) confeccionado a espaldas de los verdaderos sentimientos de nuestra amada España.

En política no haremos nada si no nos apoyamos en la realidad cuencense, forjando un verdadero movimiento regionalista, en el que deben existir preocupaciones por la actuación agraria, por las clases obreras, por los intelectuales, y por la clase media: en todas esas actividades hemos de trabajar, si queremos hacer eficaz una política de derechas. Se ha de suscitar el interés porque en las inteligencias y en los corazones de los cuencenses se abra camino por el que dis-

curra nuestra propia causa: hemos de ir a todas las gentes de buena voluntad, a todos los hombres buenos, sobre todo en el mundo obrero y trabajador, que tal vez no están esperando otra cosa sino la palabra de la verdad, la palabra de justicia, la palabra de caridad, que debe estar siempre en nuestros labios; y se ha de reconocer lealmente que el egoísmo ha cometido la grave injusticia de tener completamente olvidados y abandonados a nuestros queridos y excelentes obreros. (Aplausos).

Al lado de todos esos nuestros trabajos, es indispensable que en nuestra juventud formemos aquellas vocaciones que conduzcan a esos hombres a trabajar por el ideal, nada más que por el ideal, simplemente por el ideal, que no es el interés de clase, sino el interés de la Iglesia y el interés de España; la preparación de la juventud ha de ser haciéndola más culta más enterada, más patriota, levantando el nivel de la lucha política, dando ejemplo de que somos realmente cosa nueva en los propósitos, en los procedimientos y en los resultados que vamos a obtener. Si queremos restaurar en España el sentido de nuestras gloriosas tradiciones, es necesario que nos dediquemos a difundir nuestros ideales, en la seguridad de que, si continuamos en esta línea de conducta, el triunfo será nuestro. (Voces de ¡así es!)

Pasando ya a presentaros al conferenciante, hemos de demostrarle nuestro agradecimiento por el sacrificio que ha hecho desplazándose hasta esta nobilísima ciudad de Cuenca. Sobre su biografía os diré que sus años juveniles transcurrieron siendo objeto de continuas y reiteradas alabanzas de sus profesores, ocasionando a sus familiares escasos desembolsos en sus estudios, porque obtuvo premio extraordinario en todas las asignaturas que cursó; con el amor al estudio se unió en él un profundo espíritu religioso, de piedad admirable que había aprendido en el regazo del hogar.

Y era natural que con tales antecedentes, D. Carlos Martín Álvarez se destacara bien pronto entre sus compañeros de carrera, la de las ciencias jurídicas, y más tarde se distinguió igualmente en todas las actividades, múltiples y variadas, en que intervino: fué Consejero y orientador del Ilorado Marqués de Comillas, intervino en la fundación y desarrollo del Banco Popular León XIII, cuya principal misión iba encaminada a redimir al campesino de la usura, eterna preocupación del agricultor; tomó parte en las Semanas Sociales celebradas en España y, en fin, ha sido y es persona indispensable en toda actuación de los católicos sociales españoles. En política ha trabajado también con ardor, habiendo desempeñado destacados cargos públicos, en los que ha puesto de manifiesto sus merecimientos; y resalta, entre sus cualidades personales, su sencillez, su bondad nativa, que cada vez se pone más de manifiesto. Alegrémonos de que hoy se halle entre nosotros, y demosle testimonio de nuestro respeto y admiración. (Aplausos prolongados)

D. Carlos Martín Álvarez

Comienza agradeciendo al señor Cossío las frases laudatorias que le ha dedicado, y a todos los asistentes los aplausos con que le honran. Si hemos de ser justos, dice, hay que rebajar todo, menos dos cosas: mi amor a la religión y mi amor a los pobres. Recuerda hechos de su vida, su nombramiento de gobernador de Madrid. Cuando se hizo cargo de ese gobierno, al interrogarle un periodista sobre sus proyectos, le dijo que podía asegurarle de uno: que visitaría los pueblos y veré sus necesidades y en la medida de mis fuerzas procuraré remediarlas. Y así lo hizo.

Se extiende en consideraciones sobre el concepto de la autoridad, de sus deberes y de sus derechos. Dice que los cargos son actualmente para los hombres, siendo así que deben ser los hombres para los cargos. Vi los pueblos, dice, abandonados y olvidados por los que les habían pedido los votos. El que encarna la autoridad debe ser un principio ordenador de relaciones sociales. El Estado debe ser ayudador, y ahora se erige un Estado despótico, y a veces... acometedor de los ciudadanos.

No pensaba hablar de esto, pero ha tenido la culpa el señor Cossío. Hay desajustamiento social, siembra de odios y de rencores.

Se congregan aquí los jóvenes, los obreros, los propietarios para tratar sobre sus intereses, y a veces los eclesiásticos vienen a pro-

longar las lamentaciones de Jeremías, a buscar un bálsamo para las heridas del corazón... Aquí están todos reunidos, ese es el pueblo. Cuenca sola vosotros, jóvenes, obreros, sacerdotes y propietarios. Ese es el pueblo, y las cosas justas se pueden decir ante todos, no como algunos que hablan sólo para determinados grupos.

En cierta ocasión estuve en una explotación minera de Asturias, y por encargo del Sr. Marqués de Comillas hablé a los obreros que estaban en huelga y esta se solucionó. Otro patrono le preguntó después de solucionada la huelga quién era el que había arreglado la cuestión... Y es que tuve la gran satisfacción, la fina, la delicada satisfacción de repetir a los patronos lo mismo que había dicho a los obreros, que eran las afirmaciones netas del catolicismo social. (Grandes aplausos.)

Terminó el exordio. Ahora voy a hablaros de la necesidad de la agrupación ante las elecciones y concluiré con unas advertencias acerca de las falsas derechas.

Primero. Sobre la misión de los concejales en un Ayuntamiento. Tiene un aspecto histórico, y bajo este concepto Cuenca es Ciudad importantísima, precisamente por su historia, siendo el Obispo personaje principal en la historia cuencense.

Ahora es indispensable, para la debida actuación de los concejales, que conozcan el Estatuto Municipal, para desenvolverse. Desgraciadamente los fines que él asigna a los Ayuntamientos tienen vasta amplitud. Hoy el Ayuntamiento lo puede hacer todo: cultura, higienización, etc., y hasta una porción de cosas que van en favor de un grupo.

Creo que los buenos concejales, dando de mano a cosas triviales, deben de hacer examen de las necesidades de la Ciudad, atendiendo primero a lo más urgente. Pero hay ahora una circunstancia que obliga más que nunca al ciudadano a intervenir en la administración municipal; antes el Concejo era una Corporación solo administrativa, honraba los actos del culto civilizado, pero también del progreso material, con el que se aumenta la producción, y sin la cual sólo se ven caras largas... porque como dice el refrán: donde no hay harina, todo es mohaína.

En resumen: deben obrar los concejales con criterio católico, respetando la propiedad privada y prestando atención al obrero y favoreciéndole.

Hay muchos que se visten con plumas ajenas. Las disposiciones tan favorables a los obreros de España pueden competir con cualquiera de las extranjeras, de suerte que aunque seamos (que lo somos) pigmeos en la producción, pues basta observar lo que acontece con el trigo de los Estados Unidos y con el carbón inglés, mejor que el nuestro y mucho más barato, a pesar de eso, en legislación social estamos a la par y esas leyes son anteriores al 14 de abril de 1931.

Hay que dar a cada cual lo suyo y por eso precisa decir que las leyes de accidentes de trabajo, hecha a instancias de los sindicatos obreros católicos, las moderadas del trabajo de la mujer y del niño, las referentes a la santificación de los días festivos, la de inspección de talleres y fábricas, la de mutualidades patronales, la del retiro obrero, subido de materialidad y el que el Estado promueva la creación de casas baratas fueron obras de D. Eduardo Dato en 1911, fecha que nadie negará que es anterior al 14 de abril de 1931; y anterior a esta fecha en que se inició el nuevo régimen en España son las leyes de la jornada de ocho horas, con excepción a la agricultura, la de la organización paritaria, la de concurso entre obreros y patronos, obra de un ministro de la Dictadura D. Eduardo Aunós.

Para estudiar el concepto de derechas y dice que el concepto de derechas se integra por tres elementos: criterio católico, respeto a la propiedad privada y preocupación por el obrero. Cualquiera partido en cuyo programa no figuren esos tres conceptos, no puede llamarse de derechas. Por tanto no pueden llamarse de derechas los partidos que atacan a la propiedad privada como ahora en nuestros días se ha atacado a la propiedad de la Compañía de Jesús; no pueden llamarse derechas los partidos que queman o aplauden o no protestan contra la quema de los conventos; no puede llamarse de derechas el partido que ostenta un jefe autor de la semana trágica de Barcelona; no puede denominarse derechas el liberalismo que derrocó los gremios y el régimen cor-

rectivo de los obreros; ni puede llamarse derechas el jefe que no haya respetado a personas o instituciones sagradas. (Grandes aplausos).

No los pedimos para esas falanges del destierro, no deseamos mal a nadie, porque nuestro credo católico nos lo veda; lo que sí pedimos a todos vosotros es que cuando en las elecciones vengáis a vosotros solicitando vuestra cooperación aquellos partidos que, para conseguir el triunfo en las últimas elecciones a Cortes, esgrimieron el argumento del engaño, les volváis la espalda como a turba de embaucadores. (Ovación estrepitosa)

Nobles hijos de este pueblo austero y bravo, que se llama Cuenca, despertad; luchad como hombres enamorados del ideal y poned con vuestro voto un dique a los partidos que arremeten contra el catolicismo o contra la propiedad privada; a luchar en las urnas como ciudadanos conscientes del deber; a luchar con tesón con la mira puesta en Dios y el corazón en el triunfo y la victoria será nuestra.

El auditorio numeroso manifestó su entusiasmo y admiración al orador con un prolongado palmoteo, que duró varios minutos, elocuente testimonio de la simpatía con que escuchó la doctrina expuesta por el señor Martín Álvarez.

El auditorio numeroso manifestó su entusiasmo y admiración al orador con un prolongado palmoteo, que duró varios minutos, elocuente testimonio de la simpatía con que escuchó la doctrina expuesta por el señor Martín Álvarez.

Cansados teníamos los oídos de haber escuchado, durante varios años, que la intelectualidad española, el verdadero pensamiento nacional, la esencia misma de la inteligencia, estaban en las izquierdas y únicamente en ellas.

Cansados estamos de que los periódicos de su cuerda, nos presentaran diariamente nuevos hombres que prometían óptimos frutos y que comenzaban a brillar entre las constelaciones del cielo izquierdista. Medianas muy marcadas nos eran presentadas como fenómenos de la Naturaleza, y nulidades manifiestas nos las hacían pasar por pensadores sublimes y sabios en embrión. Poetas, novelistas, ensayistas, médicos, ingenieros, filósofos, matemáticos, químicos... todos eran genios, todos esperanza de la patria y todos naturalmente, de la izquierda; desde la zona templada del republicanismismo moderado al área ignea del más furioso radicalismo.

Todo era de ellos, de las izquierdas, y fuera de ellas, no había sino atraso, incultura, obscurantismo, el primitivo estado del hombre de las cavernas.

INTELECTUALES

Y llegó su hora: las izquierdas, en confuso tropel, abrazados el candido conservador republicano (antes derecha liberal y posteriormente partido progresista) con el comunista, el burgués con el socialista, y el español con el separatista, se adueñaron del poder y cogieron en sus manos los resortes del gobierno. Habían barrido la ignorancia y comenzaba la era refulgente y deslumbradora de la inteligencia por ellos monopolizada.

Los primeros pasos, no fueron ciertamente prometedores de una felicidad tan pregonada y caminaron en la más densa oscuridad, sólo alumbrada por los resplandores siniestros de los incendios conventuales, hazafia vandálica capaz de desacreditarnos como nación civilizada y amante de la cultura, ya que en tan glorioso hecho, arderon bibliotecas, objetos de arte, material modernísimo de enseñanza, edificios suntuosos, propio todo de ser realizado por los canchales del Dahomey, que no por los intelectuales hispanos amantados con la sublime leche de la cultura ateneística.

Tampoco se vió destacarse la inteligencia en los primeros balbuces legislativos: decretos con trascendentales reformas fueron varias veces recifcados ante los dislates e improvisaciones que contenían; declaraciones desquiciadas que levantaron protestas aún entre los de su mismo bando; leyes dictadas a una mecanografía con la inconsciencia de quien no siente la responsabilidad del gobierno; improvisación en todo, falta de preparación, carencia absoluta de un estudio previo. La inteligencia no pudo ser improvisada.

Y llegaron las elecciones. El pueblo eligió sus representantes (es un decir) y vinieron a las Cortes una pléyde de intelectuales de la izquierda a hacernos felices a los españoles. No es mi objeto

tratar de la actuación de las Cortes, sino hacer resaltar únicamente la labor de estos intelectuales tan ponderados. Y a fe que su actuación y sus resultados es bien mezquina. Minoría hay (y los propios periódicos republicanos lo comentaron con indignación) que se distinguieron y se distinguen por su intolerancia y agresividad y hasta por sus bien limitados ruidos zoológicos, muy distantes de los luminosos destellos de una inteligencia equilibrada y sensata. Las grandes figuras de Albornoz, Domingo, Ríos, Prieto y otros, pasarán a la historia entre adjetivos no muy laudatorios. Los consagrados no añadieron más lazos a su historia: ni Sánchez Román ha desarrollado una idea nueva, ni Ucamuno (el paradójista perpetuo) ha contenido a su cortejo, ni Galarza (el caricato de Fouquier-Tinville de la revolución francesa) ha sobresalido en su poco afortunada intervención parlamentaria, ni Juarros, Sancho Banaus, Azafia y otros se les ha visto su pretendida privilegiada inteligencia. Otros varios han quedado inéditos: no se han visto ni oído las secreciones oratorias del eminente Marañón, ni las elocubraciones de un Pérez de Ayala, ni las ideas de un Sbert, si quiera sea por sus y numerosos años desestudiantemente de toda clase de carreras científicas y literarias. Únicamente Ortega y Gasset el bueno, ha roto tan gris monotonía y no ciertamente para dejar un trozo de oratoria ejemplar, sino para decirnos que no le gustaban los modos y la forma de la República española y que ésta era agria y triste, cosas ambas en la mente de las personas no tachadas de sabias.

En cambio se han dado a conocer valores nuevos que ninguna gloria han de dar a España: Madrigal, Barriobero, Balbonilla (el poeta exmístico), Sambalacat, la Serrana, Sediles, Franco... con otros muchos que han ido vertiendo las bilis de sus rencores personales queriendo pasar por revolucionarios terribles, pero sin originalidad, sin ingenio y sin gracia.

Si anodina ha resultado la actuación de los intelectuales en la política, más oscurecida aún es en otros ramos de las actividades humanas. En la poesía, no ha salido quien se igualara o se comparara a lo menos con Nicasio Gallego, Esproceda, Nuñez de Arce y otros poetas de la época revolucionaria ya pasada, sin que se destaque mas que los rípidos abundantes del llamado «poeta del pueblo» Luis de Tapia. En música no ha habido quien tenga inspiración para componer una Marsellesa española, arriesgando en el pentagrama el espíritu revolucionario, teniendo que recurrirse al arcaico Himno de Riego como canción republicana. Ni en la oratoria ha sobresalido un tribuno capaz de conducir a las muchedumbres; ni en las ciencias aplicadas se ha notado un movimiento enérgico y potente que señale una orientación nueva, un invento notable, un descubrimiento sensacional... Todo hasta el presente ha sido lo normal, lo corriente, lo usual entre hombres estudiosos, pero no con arreglo a los genios que nos hacían creer existían en este sector de España.

No creemos en el absurdo de negar que entre las izquierdas hay hombres meritorios, notables en sus profesiones científicas y que son merecedores de la admiración y del respeto de los demás; pero lo que sí afirmamos es que dado el ensordecedor vocerío de cierta prensa, presentándonos a las izquierdas como acaparadoras de la inteligencia única en nuestra patria y como un Senedrín de sabios, los resultados obtenidos hasta el presente, no corresponden ni con mucho al derroche de adjetivos con que nos han presentado a inteligencias ordinarias como genios de una intelectualidad extraordinaria. Somos enemigos de hacer comparaciones que siempre dejan un sedimento de enconos y de rivalidades; pero no está demás destacar que la labor cultural de las derechas dista mucho de ser lo cavernícola y troglodita que la motejan los contrarios, antes bien, es más pujante y más progresiva que la del lado opuesto. El autogiro, el mayor invento en la aviación es de un derechista; el mayor investigador moderno de histología es el Dr. Lorente de No, actualmente en los Estados Unidos y cuyos artículos de colaboración en *El Debate* indicaban sus tendencias ideológicas; los estudios arábigos españoles tienen sus cimientos en un sacerdote y en un catédrico, paisano nuestro por cierto, de ideas católicas; los estudios de filósofos antiguos giran alrededor de la figu-